

Maranatha!: De cuando el rock en Guayaquil se hizo!

Texto: X. Andrade

(publicado originalmente en Microtono.com)

Foto: Paco Salazar



La memoria es como los pájaros, asegura Michel de Certeau, siempre chequeando a su progenie una vez que se hallan a la distancia. La memoria es, por tanto, el resultado de múltiples e incansables idas y venidas.

Este artículo es un vuelo de doble vía al nido de los orígenes del rock en Ecuador, un cúmulo de relaciones directamente olvidadas o, en el mejor de los casos, mitificadas al hechar mano de los estereotipos consabidos y las ecuaciones fáciles: rock, amor, juventud, libertad, rebelión, bla, bla, bla. El punto de origen es la historia individual de Pancho Jaime, el violento final de sus días y el silencio sobre su muerte. Es una historia tan reciente que, de hecho, la hace más significativa el que pocos la recuerden y la misión de este artículo es contribuir a que los rockeros reconozcan también las raíces complejas, contradictorias, y hasta autoritarias que ha tenido este género musical en el país. Confío en que mi argumento sea claramente

entendido: lo que menos me interesa del rock es el rock, lo que me apasiona es como éste se halla articulado a un puñado de conexiones históricas e ideológicas que explican un determinado devenir, aquél que, finalmente, llegó a popularizarlo en lugares distantes a sus matrices originales.

El rock, en estos días, no es necesariamente ejemplo de actitudes contestatarias como alguna vez lo fuera (por lo menos como parte de las leyendas que hace autoconvencer a los jóvenes de que están haciendo algo en los márgenes cuando en realidad lo que hacen es acompañar de marihuana a la droga nacional, el alcohol, y corear las mismas pendejadas de hace treinta o cuarenta años). Fuera de nostalgias, el rock está para portadas de revista familiar de periódico dominical o para campañas de promoción de miedosos y reaccionarios sentidos de seguridad ciudadana.

Pero escarbar en la historia de Pancho Jaime y en la telaraña de conexiones aparentemente arbitrarias que llegara a establecer bajo la etiqueta rockera, sirve para brindar claves a una amalgama de sentidos ideológicos y elementos simbólicos dispares que, de otra manera, aparecerían desconectados y hasta opuestos. Nunca el rock ha existido en el vacío, y en el caso guayaquileño en particular, éste estuvo en sus orígenes encapsulado en un terreno de relaciones políticas. Así es que, más allá de las juras a la bandera de la libertad, lo que queda es la descarnada constatación de que aquí el rock no ha cambiado nada, ni tendría porque hacerlo mientras imperen el silencio, el miedo y los sentidos restringidos de la democracia. Diciéndolo directamente: el rock existe en un campo de poder más amplio en el cual callas o te callan, y, en ese sentido, no se diferencia en nada del resto de géneros musicales, todos inocuos por igual, mi Comandante Che Guevara.

La historia del rock en Ecuador es el resultado de un refrito particular, es un recalentado de amor y de paz pero también de pornografía política, populismo, adventismo religioso, violencia verbal y sangre. Y todo ello bien empaquetado originalmente con maquillaje inspirado directamente en Alice Cooper y aderezado con elementos de la industria porno de Los Angeles, California. Todo empieza con el retorno de un inmigrante a su ciudad natal, Guayaquil, durante los tempranos setentas. Si bien esta es una historia individual, lo que la hace fascinante y definitivamente anti-exótica no son las declaratorias de pleitesía a Led Zeppelin ni las loas a los Rolling Stones y The Who, todos ellos dispositivos standarizados de la “cultura” global del rock. Por supuesto, esto último —la “cultura” del rock— no es nada más que un cliché puesto que, hay tantas historias locales, como posibilidades de traducción tiene el breviario rockero. Por ello, lo que realmente importa en esta historia es que la ideología rockera de Pancho Jaime termina, después de una serie de alucinantes vericuetos, nutriéndose ávidamente de elementos normalmente estigmatizados como deleznable, tales como la vulgaridad del lenguaje, el sexismo y la violencia masculinista, y, lo que es una infamia para todo serrano, una orientación política devota de Abdalá Bucaram —líder populista guayaquileño que representa, de acuerdo al sociólogo Carlos de la Torre, el grado sumo de repugnancia entre la conciencia ilustrada del callejón interandino. Y también entre el fragmento más rancio de las elites costeñas, por supuesto, salvo cuando de alianzas estratégicas se trata, claro.

L.A. Touch

Victor Francisco Jaime Orellana (alias Pancho Jaime o PJ), nacido en 1946 y asesinado en 1989, está al principio y al final de una historia que cubre las décadas del setenta y ochenta, o sea, no coincidentalmente, las del establecimiento de una base rockera en el país. PJ creció en Los Angeles, a donde sus padres se habían trasladado en los tempranos cincuentas como parte de la primera ola de migrantes ecuatorianos hacia Estados Unidos. Jaime ponderaría su estancia en dicho país como un privilegio que le brindaría algunas ventajas comparativas en el medio una vez que regresara en los setentas

a Guayaquil.

Crecido en su adolescencia en la sección latina de Hollywood, dijo estar familiarizado con el mundo pandillero de la época, llegando a estar brevemente encarcelado por actividades violentas. En sus escritos posteriores, PJ idealizaría dos aspectos de su experiencia norteamericana: su pasado como Veterano de Vietnam, y, principalmente, su involucramiento en el movimiento hippie. Sobre lo primero, se especula que nunca fue enviado al frente de batalla a pesar de que él explícitamente insinuara aquello. Sobre lo segundo, en cambio, la mejor evidencia fue su propia carrera como músico, reportero y empresario de rock en el Guayaquil de los setentas. De hecho, después de su asesinato en los tardíos ochentas debido a un activismo político realizado a través de sus propias publicaciones independientes, periódicamente su nombre recibe todavía ocasionales homenajes puntuales con menciones en conciertos de rock o en las solapas de los discos de bandas locales (Blaze, por ejemplo, lo menciona en uno de sus discos).

Su vida como "rockero", la única etiqueta bajo la cual decía sentirse identificado, fue paralela a sus inicios como periodista, primero de espectáculos musicales y luego ya a mediados de los ochentas, de panfletos políticos, siendo esta actividad aquella que gradualmente iría desplazando a la primera por razones que se volverán evidentes más adelante. Públicamente, sin embargo, se presentaría como una mezcla entre un hippie y un intelectual de la clase obrera, representándose a sí mismo en caricaturas y fotografías utilizando invariablemente un par de jeans, una camiseta blanca, zapatillas playeras y una gorra de baseball. Lentes redondos, grueso mostacho y una cola de caballo completarían un cuadro que se lo había autoconstruido con la idea de proyectar una imagen contestataria que debía ser percibida, esa era su idea, como "importada" puesto que el orgullo que sentía por su trayectoria en Estados Unidos no debía ser algo a olvidarse. Especialmente en los inicios en su carrera como periodista después de haber trabajado como lavador de platos, vendedor de periódicos y empleado de limpieza. De hecho, esta herencia trabajadora serviría en el futuro para reivindicar su vinculación a causas populares.

Habiendo logrado un diploma técnico en ingeniería mecánica en Los Angeles, Jaime conocería al dueño de una publicación a pequeña escala denominada L.A. Touch. Se trataba de una revista cultural, una suerte de periódico de libre distribución, destinada a un público iniciado en el espíritu sexual libertario vinculado a la generación del hippismo. L.A. Touch incluía artículos sobre el estilo de vida y la filosofía hippies y secciones dedicadas a cine y música. Su sección de avisos clasificados tenía como objetivo facilitar conexiones sexuales no convencionales, fiestas orgiásticas, intercambios de pareja y todas aquellas opciones de prácticas sexuales que, a la larga, volverían a ser masivamente condenadas por la sociedad estadounidense pero que en su momento sirvieron para alentar sentidos de apertura sobre los derechos sexuales de los ciudadanos.

El uso de fotografías de modelos desnudas acompañaba algunas de las páginas de la revista. Siendo el sexo uno de los elementos principales de la ideología de la liberación promulgada por el hippismo, ni su alusión ni tampoco los desnudos harían concebir a esta publicación como pornográfica en el sentido que estamos habituados a pensar el tema. No obstante, fue precisamente una lectura objetivante y un lenguaje morboso sobre el cuerpo los que terminarían siendo la impronta de las publicaciones independientes de Pancho Jaime en el Ecuador de los ochentas. Y, puesto que él aludió a sus inicios en L.A. Touch como la piedra de toque para su inclinación profesional hacia el periodismo musical y, más tarde, político, hay que pensar siempre en los contenidos políticos de su pensamiento sobre los cuerpos, y como éstos (su desnudez y, sobretudo las perversiones atribuidas a su desnudez) fueron finalmente inscritos dentro de un lenguaje de corte populista.

El hecho es que PJ se convirtió brevemente en el editor de la sección musical de L.A. Touch, lo cual significó

explotar su pasión por el rock, investigar sobre el mundo de las bandas locales, y, sobretodo, estar en la escena de los bares y la música emergente. Artículos de su autoría, generalmente cubriendo conciertos chicos, fueron publicados hasta que un buen día el sueño americano, al decir de PJ, se manifestaría de la manera más imprevista: Pancho encontró una enorme suma de dinero en un tacho de basura de un restaurante donde él trabajaba haciendo la limpieza. Dudando entre retornarlo o invertirlo en un futuro mejor, optó por lo segundo y decidió retornar a Guayaquil para siempre y emprender una nueva carrera con su propio taller mecánico, como músico y como empresario de rock, no sin antes comprar a su padre una gasolinera situada en Pico Boulevard.

Texaco Gulf

El sueño de PJ de convertirse en estrella de rock parecía más cercano a conseguirse en la tierra de nadie. Guayaquil no había conocido bares ni discotecas de rock hasta que él abrió las primeras, tampoco había visto una “head shop” propiamente dicha hasta que los papelillos, las pipas y los posters psicodélicos fueran comercializados en su tienda: Rock On. La ciudad tampoco se había imaginado ver en vivo y en directo a una banda de rock cuyo cantante y guitarrista principal poco supiera del oficio pero, en cambio, lograba cautivar y obviar sus deficiencias gracias a su comando del idioma inglés, el dechado en el escenario, el pelo largo, y lo chocante del maquillaje. Ya célebre es una foto de Texaco Gulf —la primera y única vez que PJ estuviera cerca del estrellato sobre una tarima liderando a su propia banda— con los rostros pintados siguiendo el estricto código de Alice Cooper, Pancho ataviado en botas de tacones enormes y mallas, y un gran sombrero al mejor estilo del Tío Sam con la bandera de Estados Unidos incluida. Pésimos como músicos pero ciertamente un innovador espectáculo, un ejercicio mimético de múltiples desarrollos posteriores, Texaco Gulf llegó a hacer toures a nivel nacional en conciertos que fueran promovidos, por supuesto, por el propio PJ y otros improvisados empresarios que, lenta pero gradualmente, empezaban a emerger como los hongos alucinógenos en ciudades como Cuenca, Ambato, Quito y hasta Santo Domingo de los Colorados.

Convencido de su misión como propagador del lenguaje del rock en el medio, su incansable actividad le garantizó a PJ el estatus de celebridad local bajo el seudónimo de La Mamá del Rock, sin duda un reconocimiento al mérito de su industriiosidad y al lugar que ocuparía en una historia ahora ya mayormente olvidada, celebridad que fuera afianzada a través de los micrófonos de su propio programa radial. El tema principal del mismo era Born To Be Wild, un verdadero himno a los valores que constituían el ethos del espíritu rockero adoptado parcialmente por PJ: la libertad y el pacifismo encarnados como un tipo de actitud frente a una sociedad convencional y retardataria, un tipo de actitud que, sin embargo, distaba de parecer alguna forma de activismo político.

“El rock lo calma a la gente” proclamaba al oponerse, por ejemplo, a las manifestaciones estudiantiles de la época. Jaime lo que hacía en realidad era traducir ciertos ideales adoptados del vocabulario psicodélico y adoptarlo a una retórica de corte localista. La principal frontera a trazarse en su programa radial, por ejemplo, era entre “rockeros” y “gogoteros”, estos últimos identificados como una suerte de impostores de los ideales verdaderos de la juventud guayaquileña. El programa intercalaba comentarios sobre la escena de las bandas locales y los conciertos en los que participaban, generalmente en escenarios colegiales, con canciones del repertorio del rock clásico. Todo ello aderezado con alusiones sexistas que conjugaban bien, tanto con el aplomo masculinista local cuanto con la ideología dominante de la psicodelia. Gradualmente, comentarios críticos sobre la falta de apoyo estatal y privado a músicos de calidad —que también fueron frecuentes en las páginas de sus dos publicaciones: primero Hot News y luego Rock On, ambas dedicadas

enteramente al rock— se convertirían en la puerta de entrada a un ejercicio más abiertamente político de la palabra, cuando el rock adquirió una agencia definitivamente particular para el caso de Pancho Jaime.

Maranatha!

Paralelamente a su conversión en un pequeño empresario del rock en Guayaquil, eterno residente del vecindario de Gómez Rendón y Antepara al sur de la ciudad, PJ extendió su actividad a la instalación de un restaurante vegetariano cuya naturaleza no tenía mucho que ver con los ideales hippies pero cuyo nombre, en cambio, es hartamente revelador: Maranatha! Una expresión en arameo atribuida en la Biblia a Jesucristo, maranatha significa “ven, señor” o, en otras palabras, el advenimiento. Machismo, juventud e identidad rockera formaban el mantra ideológico principal de Pancho. Para completar un cuadro que explicara sus alusiones escritas a la Biblia, sus descargas antipapistas y su retórica antidrogas alineada contra prácticas malignas, es necesario introducir un concepto clave dentro de este vocabulario, dicho concepto es el de religiosidad. La misión de PJ en Ecuador por convertirse en un punta de lanza del rock internacional, su concepción de empresario emprendedor y sacrificado, su devoción a las tareas necesarias para difundir el fenómeno y su música, todo ello se veía imbuído de un nivel de convencimiento superior: el dejar que la música rockera actuara sobre los hombres (y también las mujeres aunque siempre en una posición subordinada) requería como complemento indivisible de la actuación de la palabra divina.

Este fue el aspecto menos conocido y también menos heroico —sin embargo, crucial, en la definición de PJ sobre sí mismo, su mundo como ciudadano, y la posición que le tocó tomar en el entorno guayaquileño. Clarificar el nexo entre religión, rock y persona pública, demanda a la postre poner en blanco y negro la agenda política que teñiría a este conjunto de articulaciones simbólicas. La Mamá del Rock, conocido por sus bravados masculinistas en sus locuciones y escritos, y por sus despliegues espectaculares en el escenario, fue paralelamente un devoto adventista. Y no de cualquier forma de adventismo, sino de una minoría —contaba hacia fines de los noventa con apenas algo más diez mil miembros a nivel mundial— cuya existencia grupal en el país estaba íntimamente ligada a la propia familia de Jaime. De hecho, su abuela —de donde PJ hereda directamente esta veta religiosa— donó el terreno en donde se construiría el que a la postre es el único templo para las reuniones del Movimiento de la Reforma de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Al interior de este grupo PJ era no solamente reconocido sino altamente apreciado y recordado como un miembro ejemplar, de aquellos quienes observaban irrestrictamente el Sabbath, participaba en las mingas y actividades grupales, leía pasajes bíblicos regularmente en sus festejos, y, voluntariaba como instructor de la Biblia entre los infantes de la Iglesia.

Así contextualizado, los elementos fundamentalistas que constituían o que se amalgamaban en la ideología rockera de Pancho, formaban un todo coherente: PJ era un convencido de la Biblia y un devoto de formas de libertad inspiradas en el hippismo (especialmente la de expresión de ideas, tan cultivada en la sociedad norteamericana y tan ausente en el caso ecuatoriano). La frontalidad, el poner tales convicciones como justificativo de sus ataques frontales a quienes obstaculizaron —exitosamente a la larga como lo muestra la profusión del pop en estos días— el desarrollo de una verdadera escena rockera, pero sobretudo la devoción a la causa lo hacían ver a sí mismo como una suerte de profeta cuya misión debía ser ilustrar a su rebaño en la historia del rock y sus ideas. Para él, esta era una misión evangelizante. De hecho, su gran proyecto editorial, que quedaría truncado por su subsiguiente encarnación como periodista político, fue la de escribir el equivalente a una Biblia rockera: una gran enciclopedia de la cual llegó a publicar solamente fragmentos.

Muerte

Aunque el tono de los alegatos de Jaime contra la industria musical se tornaron más virulentos en las entregas finales de sus revistas musicales, su salto a una forma política de periodismo fue el producto directo de un incidente violento con la policía local. En noviembre de 1984, PJ fue torturado y encarcelado denunciando a autoridades socialcristianas como autoras de los hechos. Sus torturadores, funcionarios vinculados a la Gobernación, le hicieron literalmente comer su publicación y su pelo. La foto del incidente fue publicada por el propio Jaime como testimonio de lo acontecido, aunque ya sus enemigos en canales de televisión se habían encargado de difundir su desfigurado y sangriento rostro.

Este episodio ocurrió durante la presidencia de León Febres Cordero y de autoridades provinciales socialcristianas. PJ había empezado a publicar en ese mismo año un tabloide llamado Censura, dedicado mayormente a criticar la realidad política haciendo uso de una retórica personalista muy cercana al populismo de Abdalá Bucaram. Las alusiones a la historia del rock fue cediendo paso a enfrentamientos, denuncias e insultos aireados en un tono descarnado y agresivo, y las ilustraciones se inclinaron hacia cómics pornográficos que servían para ilustrar a los personajes más importantes de la vida pública envueltos en prácticas sexuales que indicaban, de acuerdo a la ideología machista imperante en el medio, las peores perversiones imaginables.

Torturado, amenazado, perseguido y hasta encarcelado por varios meses bajo acusaciones falsas de tráfico de drogas, tales episodios no lograron disuadirlo. A lo largo de la presidencia socialcristiana (1984-1988), caracterizada precisamente por diversas formas de terrorismo de estado contra opositores políticos, y el primer año de la presidencia del socialdemócrata Rodrigo Borja (1988-1992), PJ publicó aproximadamente trece entregas de Censura y veinte números de su publicación más radical y última, Comentarios de Pancho Jaime. Esta última fue típicamente una revista de pornografía política que combinaba magistralmente imágenes obscenas con chismes sobre la sexualidad de los funcionarios estatales e insultos directos. Convertidas en un fenómeno de consumo (sus productores sostienen que llegaron a publicarse varias decenas de miles de ejemplares en su momento de auge), detrás de ella se aglutinaron sectores muy dispares —desde el populismo bucaramista y del Partido Roldosista Ecuatoriano hasta defensores de los derechos humanos y activistas de izquierda. Asimismo, aunque nunca van a reconocerlo públicamente, muchos periodistas profesionales estuvieron envueltos en facilitar documentación que, sabían, podía ser publicada solamente por Pancho Jaime.

En 1999 fui a visitar el templo del Movimiento de la Reforma en Guayaquil. Había contactado a la Iglesia a través de amigos comunes de PJ, y sus principales pastores, una hospitalaria familia que me abrió las puertas de la congregación. En más de una ocasión, asistí a sus ceremonias rutinarias un sábado cualquiera y luego fui invitado a un banquete vegetariano justo al lado del templo que el propio PJ había ayudado a construir. El hermanito ideal, al decir de sus congéneres, muchos de ellos no se podían explicar como saliendo de la Iglesia podía escribir lo que escribía y publicar lo que publicaba. Sin embargo, las puertas le estaban siempre abiertas.

En Septiembre de 1989, quien a la fecha había acumulado decenas de enemigos acérrimos, puesto que se había situado como depositario de documentos y denuncias de varios bandos políticos en conflicto, fue asesinado por un sicario a las puertas de su destartalada oficina. Días después, en un operativo de inusitadas proporciones y pese a los intentos de entrega por parte del autor de los disparos, la Policía

Nacional se encargó de silenciar para siempre la vía hacia los autores intelectuales. Ni siquiera los bien intencionados intentos del presidente Borja por esclarecer los hechos fueron fructíferos, quizás porque ellos le hubieran devuelto a su propia tienda política.

Las hipótesis al respecto, por supuesto, abundan y ellas cierran una historia que empezó con amor y paz y que terminó exactamente en lo contrario. Del masivo sepelio a lo que es ahora una tumba ocasionalmente visitada por la familia, se ha visto el paso de pocos años. Eso no quiere decir, sin embargo, que su nombre haya caído enteramente en el silencio. De hecho, salvo las alusiones puntuales que ocasionalmente rockeros de la vieja guardia hacen, hoy se imprimen dos versiones de Comentarios, una financiada por gente vinculada al PRE y que se publica regularmente, y otra, de edición eventual, por quienes le fueron muy cercanos. Los segundos recuerdan reiteradamente sus contribuciones en los inicios de lo que ahora entendemos bajo la etiqueta del “rock” en el caso ecuatoriano. Hay una historia entera por escribirse al respecto, esa historia no puede obviar el nombre de La Mamá del Rock, con todas sus complejidades y contradicciones. Después de todo, no se trata de reproducir lugares comunes sino de entender las múltiples almas a través de las cuales el rock ha hablado, y lo hace simultáneamente en las lenguas del poder de las flores y en la del poder de las balas.